

El estirón demográfico del siglo XX

SALUSTIANO DEL CAMPO*

En una primera aproximación se advierte que nuestro país, con sus 504.782 km², ocupa el lugar 51 en el escalafón de los 227 países y territorios del mundo y que solamente lo preceden en Europa, en cuanto a este apartado, Rusia, Ucrania y Francia. En cambio, por volumen de población ostentamos, con nuestros treinta y nueve millones largos de habitantes, el puesto 28 y en la actual lista de cuarenta países de Europa vamos por detrás de Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Italia, Francia y Ucrania. En PNB nos situamos en el lugar 9 del mundo y en el 5 de nuestro continente y, si se considera el PNB *per cápita*, en el 28. Finalmente, nuestro índice de desarrollo humano (IDH) es el décimo mundial.

*De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Todo lo anterior, unido a otros datos que omito en aras de la brevedad, confirma que España no es un país insignificante y que, para evitar que se extienda esta dañina idea, urge —según Julián Marías— "una revisión certera y veraz de la magnitud efectiva de España y una toma de posesión de sus posibilidades". En la medida de mis fuerzas, esto último es lo que me propongo hacer a continuación en lo que concierne al campo concreto de la demografía.

La evolución de la población. España ha pasado de tener 18.616.630 habitantes en 1900 a sumar 38.872.268 en 1991, es decir que, entre el primero y el último Censo de Población del siglo XX, ha aumentado nada menos que en 20.255.638 almas, un suceso sin parangón en nuestra historia demográfica. Pero hay todavía más. En conjunto, los españoles y españolas de principios de siglo tenían una esperanza media de vida de 34,8 años, mientras que los de la década actual pueden esperar vivir 76,8. Más del doble de personas, pues, y con más del doble de años de vida por delante.

Aunque los datos reseñados no nos quitan nuestra condición de viejo país, que tenemos muy bien ganada por nuestra historia, a ella se le añade ahora la novedad de nuestra vigorosa evolución humana durante este siglo, junto con bastantes otros indicadores de una profunda renovación. Valga simplemente el recuerdo de que, durante las dos últimas décadas, los jóvenes españoles han crecido en estatura siete centímetros por término medio, habiendo alcanzado en 1994 los 1,74 metros y, por tanto, una talla similar a la de los demás europeos de su generación.

Pero hay también otros aspectos muy dignos de ser destacados, como el peso cambiante de las regiones, medido por el porcentaje de la población total que abarcaban respectivamente en 1900 y 1991, con un balance secular que ha sido positivo para Madrid, Cataluña, El País Vasco, Canarias, Valencia y Baleares y negativo para todas las demás comunidades autónomas.

Principalmente, sin embargo, la segunda mitad del siglo ha traído consigo un acontecimiento histórico de gran magnitud. Se trata de la reducción de nuestra fecundidad, que es ahora de 1,2 hijos por mujer, tasa que es junto con la de Italia la más baja del mundo, algo impensable tan sólo veinte años atrás. Como ya en los años cincuenta nuestra mortalidad general había descendido considerablemente, y luego lo hizo aún más la infantil, hace tiempo que nos contamos entre los países demográficamente modernos, aunque nadie fuera en su día capaz de anticipar dentro de este marco el súbito derrumbamiento de nuestra natalidad a partir de 1977.

El saldo migratorio, que es junto con el crecimiento vegetativo el otro sumando del crecimiento demográfico total, ha experimentado oscilaciones históricas a lo largo de este siglo. Antes de la primera guerra mundial se registraron máximos históricos en la emigración a los países de Ultramar, pero ésta decayó en los años veinte, entró en barrena desde el comienzo de nuestra guerra civil y siguió muy disminuida hasta finales de los años cuarenta. Más tarde, no solamente no se recuperó sino que además cambió de destino. Dejó de dirigirse a los países iberoamericanos, sobre todo a Cuba, Méjico, Venezuela y Argentina, para hacerlo a los países europeos que se estaban *reconstruyendo tras* los desastres de la segunda guerra mundial y necesitaban mano de obra abundante.

En 1961 la emigración a Europa, con 59.243 salidas, superó por primera vez a la trasoceánica, con 36.945 y desde 1963 hasta 1973 la media anual de emigrantes españoles a Europa estuvo cerca de 84.000, siendo la correspondiente a los emigrantes al resto del mundo de 17.500. La importancia de lo ocurrido en esa década no debe infraestimarse, en especial por sus consecuencias económicas, sociales y políticas. Las riadas de españoles que abandonaron sus residencias tradicionales en el campo

español y acudieron a trabajar en los grandes centros industriales de Europa Occidental, influyeron a su regreso decisivamente en la modernización del país. Gracias en parte a eso fue posible, después de 1975, la pacífica transformación de España en una sociedad democrática, del mismo modo que previamente sus remesas de divisas habían contribuido al equipamiento industrial del país y su ausencia a aliviar la presión en pro de la creación de los puestos de trabajo imprescindibles.

Aunque, dadas las discrepancias entre las estadísticas de origen y de destino, nunca sabremos con certeza cuántos fueron en este período los emigrantes españoles más o menos estables, a ellos hay que sumarles los de temporada y la cifra puede haber superado con holgura los 2.000.000. Sin embargo, esta emigración sufrió un parón muy brusco en 1974, a causa concretamente de la primera crisis de los precios de las materias primas. Ese año se redujo a 50.695 personas y desde entonces descendió vertiginosamente hasta no superar 11.254 en 1990.

Todos estos movimientos migratorios cristalizaron en que en 1970 una parte importante de la población española tuviera su residencia fuera del país: 1.182.264 en Europa y 2.223.883 en América, localizándose en estos dos continentes el 98 por ciento aproximadamente de los españoles residentes en el extranjero. Desde ese año hasta 1990 el total bajó a 1.687.649, de los que 767.145 habitaban en Europa y 920.504 en América. En la década que estamos viviendo, y por primera vez en su historia moderna, España se ha convertido en un país de inmigración, con una población extranjera residente que supera al medio millón de personas y casi otro tanto de inmigrantes ilegales.

Distribución, composición y futuro de la población. Actualmente el 64 por ciento de la población española es urbana y la España abrumadoramente rural de principios de siglo ha cedido el paso a una concentración demográfica que no se circunscribe ya a un par de supercapitales, aunque haya dos muy importantes que abarcan en torno al 11,5 por ciento del total de habitantes del país. Lo más significativo de este cambio, en términos globales, es el aumento del número de centros urbanos y el acortamiento de las distancias que antes había en la forma y calidad de vida entre los que viven en las ciudades y los que residen en el campo.

Otra variación fundamental es la de la población joven matriculada en la enseñanza secundaria, que es de 107 varones por cada 100 de edades comprendidas entre 12 y 17 años de edad y de 120 mujeres por 100 en las mismas circunstancias. El predominio de las mujeres en este ciclo educativo se ha extendido ya al universitario y únicamente constituye una confirmación de la solidez con la que las mujeres se han instalado en los principales ámbitos de la vida de trabajo y de relación fuera del hogar.

Pero nos falta aún reflejar en este bosquejo del estado de nuestra población la fuerte tendencia al envejecimiento que nos caracteriza. El 15 por ciento de nuestros conciudadanos tienen más de 65 años y esta proporción ha de aumentar, a la vez que seguirá disminuyendo la de los españoles y españolas de menos de 15 años, que ahora es solamente del 17 por ciento. A pesar de lo cual, y debido sobre todo a la lentitud con la que actúan los procesos demográficos, los 9.681.264 que tienen entre 15 y 29 años no solamente representan la generación más numerosa de jóvenes que haya habido jamás en España, sino también un testimonio irrefutable de la incapacidad de los dirigentes españoles para evitar su marginación. Baste recordar aquí que nuestro país es el que tiene la mayor tasa de paro juvenil de toda Europa, pese a que figura en el lugar 16 de renta per cápita y ocupa por el mismo concepto el segundo puesto entre los países meridionales del continente.

Pero estos apuntes quedarían incompletos si, antes de concluir, no mirásemos al futuro para vislumbrar lo que nos reserva como resultado de las fuerzas que ya están en marcha: sencillamente, una progresiva disminución de nuestra población total que, según las últimas proyecciones publicadas por el Instituto Nacional de Estadística, estará en 2040 bastante por debajo de los 30.000.000 de habitantes, es decir, más o menos al nivel de mediados de los años cincuenta. Muy lejos, pues, de los esperados cuarenta millones de españoles que, si los llegamos a alcanzar alguna vez, se quedarán pronto atrás como una cima de la que inmediatamente descenderemos por la combinación dinámica de las variables de las que me he ocupado. Al fin y al cabo, los organismos internacionales sitúan mucho más allá de cualquier meta realista el número de años requerido para duplicar nuestra población.

Hoy nos encontramos en la temible situación que consiste en que unos doce millones setecientas mil personas, en edad de trabajar y ocupadas, tienen que mantenerse a sí mismas, a los dieciséis millones de dependientes y a los tres millones y cuarto de parados. Si nuestra baja tasa de participación en la actividad económica aumentara hasta alcanzar la proporción que actualmente tiene en Suecia y el paro se redujera hasta la media de Europa, trabajarían en 2040 unos 10,5 millones de personas y los dependientes serían menos de doce millones, de lo cual se deduce que no es el proceso biológico del envejecimiento el que de verdad nos tiene que atormentar, sino la baja tasa de participación y el grave dato social del paro, tanto presente como futuro.

El futuro de la población española. Período 1990-2040.

